

SOCIEDAD COLOMBISTA PANAMERICANA

1732

DIA DE WASHINGTON

1953

THOMAS S. JORDAN

Jefe de Estado Mayor del
Ejército Libertador de Cuba
(1869-1870)



por el

Dr. Victor Vega Ceballos

LA HABANA

1953

Discurso pronunciado por el Dr. Victor Vega Ceballos en el salón de sesiones del Ayuntamiento de Camagüey el 22 de febrero de 1953, a nombre de la Sociedad Colombista Panamericana, en ocasión del develamiento de la tarja que en honor al General Thomas Jordan se fijó en dicho lugar, con motivo del natalicio de George Washington.

Señores:

Ninguna empresa se inició jamás rodeada de tan difíciles circunstancias, ni entorpecida por tantos y tan variados obstáculos, como la guerra de 1868. Nacida en la provincia de Oriente, extendida inmediatamente al Camagüey, y algo más tarde a Las Villas, sobre estas tres regiones descargaría España su fuerza militar, tratando de ahogar en sus inicios la revolución que amenazaba de muerte su poderío. La vieja Metrópoli tenía una fuerte tradición guerrera, y, aunque disminuída su potencia por el desprendimiento de casi todas sus colonias americanas, no hay duda de que esta misma disminución territorial facilitaba su labor en Cuba, puesto que disponía de mayores ejércitos que podía arrojar, como lo hizo, sobre nuestra Isla, llevando la desolación y el luto a todos los hogares cubanos.

Las difíciles comunicaciones entre las distintas regio-

nes de Cuba, más que favorecer la insurrección la perjudicaban; porque esta incomunicación desarrolló formas de vida, modos de actuación, y apreciación de hechos, en muchos aspectos disímiles, levantando, como una barrera difícilmente franqueable, el regionalismo cerrado e infencundo. Llena está la historia de nuestra primera guerra emancipadora, de las querellas entre orientales y camagüeyanos; y aún, en la misma Provincia de Oriente, los celos y rencillas entre los del centro y los del sur, amenazaban con poner fin a la revolución, allí donde precisamente había tenido su cuna. La nobleza del empeño, la pureza del ideal, salvaron la obra, y se hizo el milagro de prolongar la guerra durante diez largos años, destruyendo nuestra riqueza agrícola y fabril, diezmando nuestra población, aniquilando nuestro poder económico. La revolución sobrevivió a la disputa de sus jefes. En vano el opresor cifró su éxito en la discordia de los oprimidos. Cuando la razón es honda, la integridad del núcleo protestante permanece incólume. Podrá resquebrajarse la corteza, pero por debajo de la fisura, se advierte el cuerpo compacto, resistente y duro, que defiende el principio invulnerable; que brinda satisfacción a la necesidad urgente; que ofrece seguridad ante el peligro; fuerza para sacar de las sombras la libertad eclipsada y restablecer la justicia escarnecida. Ese núcleo que permanece intocado frente a todas las divisiones, es el que integran los que, como definió Martí, "se sienten heridos en su punto de hombres".

Éxitos y fracasos jalonaron la ruta de los mambises. A falta de instrucción militar, una Constitución, como un Decálogo. La sabia táctica vendría después, formada a retazos, creada de ajenas y propias experiencias. Por armas, las del juicio, que diría el Apóstol; y mientras llegan las expediciones, si es que no las copa el español inte-

grista, se la quitan a los soldados españoles y se las devuelven con avaro gesto. Cuando el largo pelear menguó las filas, más por las muertes que por las deserciones, se pacta una tregua que el enemigo pide, y se deja prendido el fuego, que no tardará en devenir violento incendio que reduzca a pavesas el castillo colonial, para que sobre sus cenizas levanten los patriotas el bohío airoso de Cuba Libre.

El oficio de las armas no es grato al cubano. Siempre identificó al hombre de armas con el pirata enemigo o con el soldado colonial que le negó sus derechos. La opresión lo hizo guerrero y armó su brazo y lo llevó a la pelea. La inicua explotación llenó su alma de ira. La injusticia desbordó su cólera como torrente embravecido. Fué la estulticia y la maldad del sistema colonial quien provocó la hecatombe en que pereciera la mayor parte de la población cubana. Viejos y niños; jóvenes y mujeres; todos, por sacudirse el yugo, ofrendaron su tributo de miseria, de dolor, de sangre! ¡Benditos quienes, alzados por sus heroísmos hasta el mito y la leyenda, nos marcaron el camino del decoro y nos avivaron el gusto por la libertad; los que nos hicieron fuertes de cabeza, para que sólo la inclináramos reverentes ante la enseña sagrada de la Patria o ante la efigie venerable de nuestros libertadores!

El ejército de Yara fué al comienzo la enérgica expresión de la protesta de un pueblo humillado, traducida en el gesto suicida de un puñado de valientes. Algunos, Máximo Gómez, Marcos Maceo, los Mercado, conocían los rudimentos del arte de la guerra, pero ninguno había madurado esos conocimientos en el constante ejercicio de las armas. La Revolución demandaba un caudillo militar, de ser posible cubano, que hiciera primar su autoridad y sus conocimientos sobre el fatal espíritu de indisciplina que se

apodera de las masas en rebeldía. Precisaban los servicios de un militar experimentado, que ahogara la naciente anarquía, que desviaba al cubano de su principal objetivo. Con esta visión produjo el Presidente Carlos Manuel de Céspedes el nombramiento del General Manuel de Quesada como General en Jefe de las Fuerzas Libertadoras. Era un soldado de escuela. Se había batido con éxito y bravura contra las tropas francesas del Emperador Maximiliano, en el vecino México; poseía excepcionales cualidades que hacían esperar de él, de su actuación, grandes éxitos. No obstante, su larga permanencia en el extranjero le habían hecho extraño al medio cubano; ajeno a las modalidades de su carácter. Dificultades en las relaciones entre el Presidente y la Cámara de Representantes, y entre ésta y el General Quesada, produjeron su destitución, y el nombramiento del General Thomas Jordan, norteamericano de Virginia, para desempeñar la más alta jefatura del Ejército Libertador.

¿Quién era el hombre al cual confiaba la República en crisis la dirección de los asuntos de la guerra? Thomas Jordan provenía de una patricia familia de Virginia, a la que se atribuían lazos de parentesco con los Washington. Militar de carrera, graduado en la célebre academia de West Point, fué condiscípulo de Sherman, de Grant, de Beauregard, que más adelante alcanzarían altos cargos en el Ejército de su País. Veterano de la guerra contra los indios seminoles y del Oregón; combatiente de la Guerra de México; héroe connotado de la Guerra de Secesión; Jordan conocía, en la teoría y en la práctica, el fenómeno guerrero. Su capacidad como organizador era por todos reconocida. Con esto dejamos sentado que no fué un audaz improvisado, ni un vulgar aventurero que, ávido de notoriedad o de dinero, alquilaba su espada a quien bien

la pagase. Siempre se destacó por un superior sentido de la dignidad y noble patriotismo. No empece la intervención que tuvo en las guerras contra los indios y contra México, en las que, dicho sea de paso, se distinguió por su mesura y sentido humano; puesto que a ellas lo llevaron las decisiones de la madre Patria, que, como buen hijo, debía obedecer sin enjuiciarlas. Su participación en la Guerra de Secesión, más que a pasión de esclavista, que nunca tuvo, se debió a esa llamada de la tierra, a esa apelación de la patria chica, a la que muy pocos saben resistir. Cuando peleó por Cuba frente a España, lo hizo con indiscutible valentía; con innegable pericia; con amor de hijo; con decisión y coraje; y al renunciar el mando y marcharse de Cuba, continuó defendiéndola con su pluma, esa otra espada que sabía esgrimir con rara pericia y brillantez.

Su intervención en nuestras luchas fué solicitada, aunque ya había dado pruebas de sus simpatías por los cubanos. El Gobierno de Céspedes interesó el auxilio de su experiencia y conocimientos militares, para el adiestramiento de las tropas mambisas, por término de un año. El contrato es firmado el 22 de Enero de 1869, y en la expedición del Perit, organizada por el Ingeniero Francisco Javier Cisneros, llega a Cuba, por la Bahía de Nipe, en compañía de ochenta y seis compatriotas más, el once de Mayo del propio año. La expedición está compuesta además por un centenar de cubanos. Entre los americanos viene Henry Reeve, Enrique el americano, como le llamaban los mambises, quien realizará grandes hechos de armas, peleará en Cuba hasta perecer en combate, y escribirá una de las páginas más bellas de la historia de nuestras guerras.

La expedición tropieza con grandes dificultades en el

desembarco. Del cargamento sólo vienen a tierra dos mil fusiles, doscientos revólveres, varios cañones, cientos de machetes y lanzas, y una apreciable cantidad de municiones; el resto queda en el Perit cuyo Capitán, temeroso de los españoles que están sobre la pista, leva anclas inesperadamente, tomando el camino del regreso.

Jordan se estrena como mambí desde que pisa tierra cubana. Los temores del Capitán del Perit, aunque excesivos y perjudiciales, no carecen de fundamento. Los españoles, que están sobre aviso, deciden atacar la expedición por mar y por tierra. En pocas horas transportan a la península del Ramón mil cuatrocientos hombres por el vapor Guantánamo, a los que se suman una columna de Gibara y parte de un batallón de artillería. La superioridad numérica de los españoles es aplastante. Al comienzo de la acción logran apoderarse de la mayor parte del material de guerra. La expedición parece condenada al fracaso. Jordan asume el mando, se hace auxiliar del General venezolano Acosta, rechaza las fuerzas españolas, les ocasiona considerables bajas y recupera las armas y municiones perdidas. Las esperanzas que los cubanos pusieron en él, no fueron defraudadas. Presentado después al General en Jefe Manuel de Quesada, es saludado por el general Luis Figueredo, con las siguientes palabras: "General: la República de Cuba espera que sea vuestra espada para nosotros lo que fué la espada de Lafayette en las huestes del ilustre Washington". La llamada al cumplimiento del deber es la mejor forma de manifestar gratitud en momentos de peligro.

Jordan es ahora un soldado al servicio de Cuba, con todas las responsabilidades inherentes al mismo. Las leyes de su país nativo, y las que se había dado la República en

armas, le naturalizaban cubano. Así lo comprendió y en esa comprensión actuó siempre. España, que apreciaba su cabeza en cien mil pesos, habrá de sentir durante un año el recio puño del guerrero nacido en tierras del Norte. Se le designa para una de las Jefaturas del Departamento Oriental, con jurisdicción sobre la zona que abarca el valle del Cauto y las serranías de El Cobre. Allí establece su cuartel y su Escuela de Aplicación, donde enseña táctica a los oficiales; disciplina a los soldados; aconseja la coordinación de los planes de campaña; recomienda la eliminación de inútiles impedimentas; impone la sujeción a normas de vida militar. Lógico fué que encontrara viva oposición entre sus improvisados soldados y oficiales. Desde la inquietud traducida en sordas protestas y resistencias pasivas, hasta la disputa ácida, tuvo que soportar desde su llegada. Justo es reconocer que no faltaron demostraciones de reconocimiento a su labor como la declaración de la Cámara, de fecha 9 de Junio de 1869, afirmando que: "El Ciudadano General Thomas Jordan, por sus servicios a la Revolución, merece bien de la patria". Semanas después, por orden del Presidente Céspedes, ocupó Jordan la Jefatura del Estado Mayor General en el Departamento de Camagüey.

Ya tenemos a Jordan en Camagüey, unido a los camagüeyanos en el común empeño de libertar a Cuba. Ignacio Agramonte, el más fiel representante de la hidalguía, altivez y valor camagüeyanos, anuncia el nombramiento de Jordan en orden general de 9 de Octubre de 1869, y afirma: "que prestará en ese puesto importantísimo, a la patria cubana, el potente auxilio de sus valiosas facultades intelectuales y morales. El distinguido militar, Jefe de Estado Mayor, será por su conocimiento y decisión, un auxiliar y alivio a este Cuartel General. Por eso recomiendo y

exijo que sus órdenes sean obedecidas sin vacilación para bien de la patria y consolidación del ejército". Agramonte, cuya autoridad era indiscutible en Camagüey, hablaba con absoluta sinceridad; sin esas palabras leales que acabamos de reproducir, avaladas posteriormente por una actitud comedida y discreta, aunque las más de las veces discrepante, la misión encomendada a Jordan habría sido irrealizable, y la causa de la libertad habría recibido un rudo golpe. Los cubanos del sesenta y ocho fueron grandes, más que por el valor en la pelea, la orgullosa resignación en la miseria o la actitud estoica ante las fatigas y la muerte, por ese supremo lujo del espíritu, que consiste en saber asimilar el dictamen de los que, aún hermanados en el mismo propósito, son contrarios en el enfoque de los problemas planteados; porque subordinaban la propia opinión y el natural deseo de mando, a los altos intereses de la Patria; porque demostraron con hechos, a veces cruelmente dolorosos, que preferían renunciar y opacarse, antes que permanecer y brillar a costa de las angustias y la esclavitud de su pueblo.

Jordan y Agramonte no lograron acallar sus diferencias sobre el modo de conducir la guerra. Sus puntos de vista eran inconciliables, y aún hoy, analizados con la serenidad que la distancia proporciona, luce como si ambos patriotas tuvieran razón. Jordan preconizaba la táctica cerrada que aprendió en West Point, practicada por él en diversas oportunidades, en países de mayor extensión territorial y de más fácil abastecimiento. Agramonte recomendaba la guerra de guerrillas, usada con éxito en la isla de Santo Domingo, más adecuada a un territorio estrecho y largo, con escasos accidentes del terreno, donde el avituallamiento era difícil y las armas, en la mayoría de los casos, había que arrebatarlas al enemigo. Jordan

quería impedir la distracción del soldado, que se escapaba a las rancherías cercanas, en visita a parientes y amigos, y aconsejaba el alejamiento de las familias del campamento mambí, para evitar riesgo a sus vidas y embarazo a las operaciones militares. Agramonte, interpretando el sentir de sus conterráneos, pretendía evitar las vejaciones y atropellos de que se hacía víctimas a los familiares de quienes se sublevaron contra el dominio de España.

El cubano hizo la guerra del brazo de su mujer y de sus hijos. Arrastró consigo el hogar a la manigua. ¡No en vano abundan los motes de "mambí" o "mambisa", delatando a los que nacieron al calor de la fogata del cuartel! Pero las durezas de la guerra expulsan las ternuras del corazón, y en la persecución y la muerte de seres muy queridos, aprenderían nuestros abuelos a situar sus deudos lejos de los campos de batalla. Jordan, extranjero al fin, sin ese sentimentalismo que distingue a los latinos, militar sobre todo, tenía un enjuiciamiento más certero de la problemática cubana, y a la solución de los graves conflictos de la guerra iban encaminados todos sus esfuerzos.

Para el corcel del guerrero tiene el cubano mano firme, y lo detiene en seco, allí, donde pretende desbocarse. No descuenta la importancia de la espada, pero quiere ajustar la compleja actividad de la guerra a normas legales. La majestad de las leyes y su leal acatamiento van por encima del brillo rutilante de las condecoraciones o el fugaz predominio de los triunfos guerreros. Esta actitud mental perturbó la marcha de la Guerra Grande sin detenerla. Nuestro sentido de lo jurídico nos llevó a promulgar tres Constituciones durante las dos últimas guerras por la independencia. Con tales antecedentes, resulta comprensible la enconada oposición que la Cámara de Representantes

hiciera al Presidente Céspedes, y al Jefe de Estado Mayor General Quesada. La violenta actitud de los Representantes, destituyendo a quien ya había renunciado al cargo, daba a entender que los límites de la soberanía popular son inviolables, y que nadie, por alto que esté o poderoso que se crea, puede reemplazar su voluntad. Este lamentable incidente, que pudo tener la magnitud de una catástrofe, sirvió para destacar el patriotismo de Quesada, quien contando con vehementes partidarios, que le recomendaban medidas de fuerza contra la Cámara, se sometió a la decisión cameral, y con un respeto a los principios democráticos de que no hay muchos ejemplos iguales en la historia, se despidió de los hombres de su mando con las siguientes palabras: "al despedirme de vosotros os encarezco que sigais haciendo alarde de vuestro valor y abnegación, de vuestro amor al gobierno y de vuestro respeto a las leyes".

Para cubrir la vacante de Quesada, es promovido Thomas Jordan al cargo de General en Jefe del Estado Mayor del Ejército Libertador. Enero de 1870 lo encontrará en el mando pleno de las huestes que vino a instruir en las tácticas de guerra; pero este ascenso coincide con el término de su contrato, y con la falta de apoyo, por parte de la alta oficialidad, a sus métodos disciplinarios.

En la mañana del primero de Enero de 1870, se presenta a Jordan la oportunidad de probar una vez más sus dotes de estrategia. El General Puello había salido de Guáimaro con un ejército de más de dos mil hombres con rumbo a Palo Quemado en persecución de los insurrectos, Jordan se atrincheró con quinientos hombres en Mina de Juan Rodríguez, en posición que le permitía hacer el mayor daño al enemigo con escaso riesgo por su parte. Auxiliado

eficazmente por Agramonte, con sólo el cañón que Angel Castillo arrebatara en Pitajones a la columna española mandada por el Coronel Portal, libra un sangriento combate; rechaza dos cargas consecutivas de Puello que sufrió bajas ascendentes a más de doscientos muertos y otros tantos heridos. La carencia de municiones le impide sacar todo el fruto de esta victoria, con el total aniquilamiento de las tropas de Puello, quien se retira a Arroyo Hondo, a enterrar los muertos y curar los heridos, permaneciendo allí más de dos semanas en una difícil situación.

Quince días después de la acción antes relatada, vuelve Jordan a enfrentarse con un ejército enemigo, fuerte de cinco mil hombres, al mando del Brigadier Goyeneche, en Loma de Imías, haciendo derroche de valor y de audacia.

Su admiración por la bravura del cubano fué consignada en el parte oficial de la batalla de Minas de Juan Rodríguez: "Toda la línea estaba bajo mis ojos y no vi un solo caso de mal comportamiento por parte de Jefe, oficial o soldado alguno, sino por el contrario, un soberbio espíritu y valor... Estoy orgulloso de haber tenido la oportunidad de mandar semejantes tropas; su noble ejemplo ha infundido en todas las que desde entonces se nos han reunido, intenso entusiasmo..."

El compromiso contraído por Jordan con el Gobierno Revolucionario ha sido cabalmente cumplido. La escasez de material de guerra; las disensiones entre los principales jefes de la Revolución; la falta de apoyo a sus recomendaciones estratégicas, llevaron a su ánimo la convicción de que su permanencia en Cuba no era beneficiosa a los intereses de la Revolución. Fiel a los principios de su educación militar, mantuvo el criterio de que para obtener mejores ventajas en la guerra se imponía la observación de

una rígida disciplina, y ante la negativa de los jefes cubanos a someterse a sus métodos, envió su dimisión al Presidente y a la Cámara.

No sin pena abandonaba Jordan lo que había sido el campo de sus últimas hazañas guerreras. En carta de 6 de Enero de 1870, dirigida al Representante Lorda, anunciándole su renuncia, deja conocer su estado de ánimo, sus preocupaciones y decepciones: "Educado desde la edad de diecisiete años en la profesión de las armas, orgulloso de esta profesión como de la larga serie de hombres ilustres que han demostrado y establecido los principios de la misma; principios cuya veracidad he visto confirmada de la manera más prominente en una guerra durante estos últimos diez años, no puedo consentir por un momento, sólo para conservar un puesto elevado, en hacer, por deferencia a la ignorancia o a la preocupación, lo que sé que es malo; en continuar un sistema de operaciones que aquí mismo, en Cuba, ha resultado ineficaz. Como soldado estoy obligado, por honor, a hacer la guerra como la han enseñado durante veinte siglos todos los soldados, sin excepción, como único medio para obtener absoluto éxito. Sin la simpatía del mayor General Agramonte por mis planes, no puedo esperar nunca una ejecución de aquellos por sus subalternos".

Solicitado por opuestos sentimientos: el servicio a Cuba y el mantenimiento de sus ideas como militar, hace nuevas declaraciones que lo recomiendan a nuestra eterna gratitud: "He sepultado una gran esperanza, al hacer mi renuncia, pues yo había contado con la posibilidad de enlazar mi nombre a la independencia de Cuba, y hacer después de la Isla mi hogar y el de mis hijos".

La Cámara de Representantes, en sesión del 12 de

Marzo de 1870, le aceptó la renuncia, dejando constancia de que "en todas las posiciones ha prestado el General Jordan a la República los más inteligentes, leales y eficaces servicios".

De vuelta en los Estados Unidos, dedicó Jordan gran parte de su tiempo a laborar por la independencia de Cuba. Periodista de altas calidades, su pluma se movió constantemente en defensa de su nueva patria. El periódico "World", de New York, recoge más de un artículo suyo en pro de la libertad del pueblo cubano. En uno de ellos afirma: "que ningún pueblo se ha insurreccionado jamás merced a más provocaciones, y ningún pueblo ha peleado jamás con tanta obstinación por la libertad y rodeado de desventuras tan numerosas y desalentadoras". Y para contrarrestar la campaña anticubana, que se iniciaba en el "Herald" de Utica, New York, escribió su folleto titulado "Pobre Cuba", exaltando las virtudes del cubano, sus sacrificios en la guerra, y su capacidad para el gobierno propio. Cuantos conspiraban en Estados Unidos en favor de la revolución cubana, tuvieron en él un amigo cordial, un generoso aliado, un propagandista eficaz, un eminente colaborador. La llamarada de Baire alumbró los postreros días de su existencia. Desde su lecho de enfermo, herido de muerte, sigue, por la prensa, los progresos de la Revolución, con fervido entusiasmo. El 27 de Noviembre de 1895, dejaba de existir aquel caballero ejemplar, que tuvo siempre por guía la intangibilidad de sus principios. Con él perdió Cuba uno de sus más capaces defensores.

El tiempo pasa sobre los hombres y sobre las cosas limando las aristas, ennobleciendo con su pátina los más

acusados relieves. A casi un siglo de distancia, en la República independiente, podemos mirar el pasado sin que nos perturben las pasiones que enardecieron a nuestros antecesores. Por eso hoy, sin dudas, sin recelos, anegados en amor patrio, podemos, en nombre de la Sociedad Colombista Panamericana, que es fuente generadora de confraternidad americana, conmemorar el natalicio del inmortal George Washington, honrando al guerrero esclarecido, que puso al servicio de las aspiraciones cubanas su experiencia y su espada.

Como en revista pasan hoy por nuestras mentes, en sucesión continua, nombres y hechos gloriosos. Avido de conocimientos, el hombre se pregunta el fin de aquellos luchadores valerosos y las ventajas de sus memorables acciones, y una voz grave, en lo hondo del recuerdo contesta: "¡Sherman, que compartió con Jordan los juveniles días de la preparación académica, y luego fué su contrario en los campos de batalla de Mississippi, ha muerto"! ¡"Beauregard, a cuyas órdenes peleara en la Guerra de Secesión, también ha muerto"! ¡Todos, desde el ingeniero Francisco Javier Cisneros, que contratara sus servicios por orden del Gobierno Revolucionario; Céspedes, que le confiara mandos en Cuba; Agramonte, que le secundara con eficacia y le rebatiera con energía; Máximo Gómez, Mármol, Figueredo, que le diera la bienvenida, y Martí, que prendiera el fuego de la revolución definitiva, reunidos están con él, en el polvo impalpable de la nada! ¡De aquella energía y abnegación; de aquel valor y fortaleza, quedan como un prodigio de la acción creadora, esta República cubana, que deseamos perdurable y eterna; el derecho a escoger nuestro propio destino; la convicción de que pre-

ferimos vivir y morir en la libertad que nos legaron, al mayor de todos los bienes; quedan en fin, "El Ramón", "Magán", "Canalito", "Mina de Juan Rodríguez", "Punta de Pílon", combates en que interviniera Jordan con su actuación decisiva, y que, como estrellas de gran magnitud, iluminan su nombre venerado en las páginas de nuestra historia!